

**informe arquia / becas
vi becas de formación**

miguel moreira silva
oab | carlos ferrater, barcelona
14 de enero - 14 de julio 2025

imágenes

Este es un libro de viajes - podría decir que es un cuaderno de bitácora, realizado casi al final del viaje, donde se mezclan lo que ha sucedido y lo que creo que ha sucedido.

Cuando cierro los ojos, veo imágenes. Veo imágenes de caras conocidas, caras que se han vuelto familiares, veo fotos de montañas de piedra y hormigón, veo playas llenas y arenales casi vacíos, veo azulejos y calçots, veo vasos de vermut, paredes indescifrables bajo una tímida luz amarilla, veo verde (¡no! ¡veo mucho verde!), palmeras en islas abandonadas en un mar de granito, veo poca lluvia.

Fue un viaje insólito: crucé la península. Dejé de ver el océano Atlántico para asomarme al Mediterráneo. Seguí viendo agua.

Lo que lo definió fue la sensación de «extrañamente familiar».

Las dos primeras semanas recorrí la ciudad a pie. Quería poner a prueba los límites de la distancia de mi cuerpo. Incluso ahora, mi presencia en la ciudad es inmediata: intento caminar todo lo posible.

Barcelona me fue presentada por primera vez por el profesor Rui Mealha en su clase de Urbanismo, donde hablaba repetidamente del plan de Ildefons Cerdá. Barcelona para mí era el Example, las manzanas con esquinas truncadas. Barcelona se presentaba de esta forma reducida, analítica, casi como una fórmula matemática: era como la descendiente de Mileto. Nadie me había hablado de los matices, de las rupturas bruscas de las tramas urbanas, de los barrios, de Montjuic, de Coll Serola, del pequeño asentamiento pesquero de la Barceloneta o de los barrios industriales de Poblenou.

Por eso, siempre que me visitaban amigos, en el primer desayuno intentaba dibujar cómo entendía yo la ciudad, sus distancias, sus matices sociales, como si al dibujar naciera la ciudad, naciera ahí, en el papel. De hecho, la ciudad no existe a priori. La ciudad nace, ante todo, como deseo. («Paulo Mendes da Rocha: La ciudad es de todos», s. f.) En Barcelona me di cuenta, más que en otras ciudades en las que he vivido, como Lausana u Oporto, de que la ciudad existe en potencia. La ciudad no es; la ciudad puede llegar a ser - la ciudad se desea. Y es en este sentido que la ciudad es también una ilusión, una simulación, como citaba el sociólogo Jean Baudrillard a Souto de Moura en su informe de prácticas de 1980 (Moura 2020) (para ser sincero, creo que sólo ahora he entendido realmente esta afirmación). La desilusión puede ser uno de los momentos más estimulantes. La desilusión ofrece espacio para conocer, para volver a mirar cuestionando el paradigma actual. Puedo decir que me desilusioné con Barcelona y que, como resultado, descubrí una ciudad llena de contradicciones, que al afirmar su «identidad» se niega a sí misma, niega su diversidad y, al mismo tiempo, se abre a un universo cultural sin precedentes.

En lugar de decir «la ciudad se hace», yo diría «la ciudad se va haciendo». En el estudio me di cuenta de esto como nunca antes. Cualquiera que, como yo, haya salido directamente de la universidad sin haber tenido nunca experiencia laboral, y entre en un estudio, se da cuenta de que el tiempo que se tarda en realizar obras y proyectos es muy diferente al del mundo académico. No es ninguna novedad.

En la Facultad de Arquitectura de Oporto, los proyectos duraban nueve meses (curiosamente, el periodo de gestación de un feto) y, una vez entregado el proyecto, su rumbo era incierto: o bien desaparecía de nuestros pensamientos alimentado por el deseo de vacaciones, o bien volvía tímidamente más tarde en nuestros portafolios como marca de que habíamos existido durante ese curso académico, o bien se desvanecía en el aire. Si, por un lado, nueve meses eran mucho tiempo para un proyecto - tiempo que siempre escasea en la oficina -, por otro, los intervalos entre las fases de un proyecto son interminables. El tiempo burocrático es aniquilador para las almas impacientes.

Esto es lo que veo en la ciudad: tiempos diferentes en espacios diferentes y sobre asuntos diferentes. Veo proyectos centenarios que aún están sin terminar (y que nunca se terminarán), veo proyectos que ya se están construyendo sin haber tenido tiempo de nacer, veo proyectos de los que nunca veré el material.

Veo imágenes que intento pegar sin darme cuenta nunca de dónde está el borde.

Moura, Eduardo Souto de. 2020. *Relatório de estágio / Eduardo Souto de Moura*. Porto: Casa da Arquitectura.

«Paulo Mendes da Rocha: La ciudad es de todos». s. f. *Arquetipos* (blog).
Accedido 13 de junio de 2025. <https://arquetipos.arquia.es/articulo/mendes-da-rocha-la-ciudad-es-de-todos/>.

el idioma de M.

Poco se oye la lengua de M. en las calles.

La lengua es idéntica; a veces creo que el portugués y el catalán son primos cercanos que no se ven desde hace tiempo, pero cuando se encuentran, el sentimiento es el mismo. El soplo es igual, los fonemas idénticos.

Lo que aprendí del catalán, lo aprendí escuchando, lo aprendí con las voces. Mi primer contacto con el catalán fue, al igual que con el italiano, escuchando a mis amigos.

Escuchando a mis amigos hablar de forma natural y despreocupada en su lengua. Esto revela algo más en las personas que hablan así, revelan otra forma de pensar, otra forma de decidir y dudar (y hay algo que me interesa al escuchar a los hablantes de lenguas latinas: sentir sus dudas al hablar).

Fueron Y. y P., y más tarde M. y J., quienes me introdujeron en el catalán y, por extensión, en Cataluña. La introducción comenzó en Lausana hace tres años y desde entonces ha permanecido como una lengua fantasmagóricamente presente. Si el momento álgido de esa iniciación fue el inolvidable viaje, fue el icónico viaje a Figueres y Vic, las primeras ciudades que visité de Cataluña. Ese viaje quedó marcado por el color ocre que enseguida asocié con Cataluña, un ocre cálido, poco saturado, cansado, melancólico. Si me pidieran que representara este color mediante mímica, probablemente me tumbaría en el suelo como quien, cansado y sediento, espera que llueva. Barcelona también es hija de esta paleta de colores sedientos. Después de esa temporada en Suiza, y tras pasar otro año y medio en Oporto, volví a encontrar a este grupo de amigos cuando llegué a Barcelona. Así que puedo decir que esa fue mi escuela de catalán.

Sin embargo, tuve una segunda escuela de catalán, más heterogénea en los temas, más regular en los horarios, más precisamente en los 45 minutos, más o menos ampliados, que duraban las pausas para comer en la oficina. Allí aprendí con G., L., Mo. y Ma. otros aspectos del idioma, que luego ponía a prueba con N., Lu. o X. En esa segunda escuela aprendí sutilezas, fonética, vocabulario, gramática, especialmente los tiempos verbales compuestos, que aún no he encontrado comparación posible. Fue en esa escuela donde más practiqué.

Debo decir que en ambas escuelas, a pesar del orgullo de sus hablantes por hablar en catalán, en ambos casos ofrecen poca resistencia a hablar en castellano cuando sienten que su interlocutor entiende poco el catalán o se siente incómodo. Esto lleva a tener que pedirles varias veces que sigan hablando en catalán, incluso cuando no lo entendía todo.

Como pueden comprender, no me atrevo a hacer comentarios sobre la gramática ni sobre los elementos formales de la lengua catalana, ya que ni mi tiempo ni mi estudio (llevado de forma vagamente informal) me permiten tener suficientes conocimientos sobre la materia.

A medida que me hacía más sensible a las diferencias entre el catalán y el castellano, más me daba cuenta de lo poco que se habla el catalán en las calles de Barcelona. Debo confesar que no vivía en el mejor lugar para estar expuesto al idioma. De hecho, en la oficina se hablaba mucho de la pérdida de hablantes de catalán, sobre todo entre las generaciones más jóvenes, que utilizaban mucho más el castellano en las redes sociales. Se hablaba de los diferentes tipos de mecanismos posibles para reactivar la lengua, pero se acababa encogiéndose los hombros con poco optimismo sobre la posibilidad de salvarla.

vermut

Vermut es sinónimo de Bar Marselha. Bar Marselha, a su vez, pertenece al mismo grupo léxico que Filmoteca da Catalunya.

Hasta que llega el calor intenso y lo único que apetece por la noche es estar al aire libre, mis planes después de ir a ver una película a la Filmoteca eran tomar uno, dos, tres vermuts en el Bar Marselha, justo al lado. Desde que llegué a Barcelona, ir a la Filmoteca al menos una vez a la semana era un ritual casi religioso. El trayecto de diez minutos a pie desde mi casa hasta la filmoteca hacía posible las indecisiones de última hora sobre ir o no a ver una determinada película del cartel. Las primeras semanas en Barcelona fueron muy intensas, diría que llegué a ir casi una vez al día, excepto los lunes, que cierran. Ya conocía al público habitual, en su mayoría jubilados, que por la cantidad de películas que ven deben tener una bagaje cinematográfico enorme y, sin duda, envidiable. Algo familiar en ese lugar era el catalán, la cercanía entre todos, que al fin y al cabo ya se conocen. Además, el hecho de estar en el Raval también hace que repela a los turistas no deseados.

Durante estos meses he frecuentado la Filmoteca y el Zumzeig. He pasado pocas veces por el Cinemes Verdi y el Phenomena, quizá más por su ubicación que por su programación. La verdad es que prefiero los cines pequeños, de barrio. Cines acompañados de un café antes y una cerveza después con amigos del tipo «¡Ah! ¿también has venido a ver esta película?».

Estos son los cines por los que he pasado, y en parte la selección se debe al hecho de que proyectan películas en versión original, lo que para alguien que toda su vida ha visto películas en versión original considera abominable superponer otra voz a la del actor.

Aparte del cine, no puedo olvidar algunos de los espectáculos que vi en la Casa de la

Dansa, en particular The Köln Concert, coreografiado por Trajal Harrel, al igual que no puedo olvidar Cor dels Amants, escrito y dirigido por Tiago Rodrigues en el Teatre Lliure de Gràcia, al que fui a ver dos veces (y si hubiera podido, habría ido a todas las sesiones).

Si creyera que “tenemos” tiempo, diría que no tuve tiempo suficiente para ir a todos los espectáculos que me hubiera gustado, a todos los escenarios que me hubiera gustado, a todos los conciertos que me hubiera gustado. Barcelona tiene una oferta cultural impresionante en el ámbito de las artes escénicas y, además, produce nuevas obras de excelente calidad.

En cuanto al espacio de creación, cuando tenía catorce años descubrí El Bulli por la tele, no como restaurante, sino como institución. La institución que ponía a prueba lo que sabíamos sobre comer, sobre los alimentos, sobre todos esos prejuicios. El Bulli revelaba otro mundo. Lo importante era descubrir, experimentar, probar, descartar. Este ambiente de intensa creación, de efervescencia de ideas y de informalidad me lo trajeron M., Y., J. y P. Ahora creo que esta voluntad de acción se extiende a la ciudad, al ambiente creativo, a los espacios de creación que son también espacios de informalidad, que, de forma más o menos absurda, relaciono con el espacio de las calçotadas.

la central del raval

Mi relación con la Central del Raval surge un año antes de venir a Barcelona. En Oporto, en casa de T. y H., hay un póster rojo en el que se lee «Estem plantant» en un bocadillo de un señor con sombrero que sostiene un árbol. Siempre me gustó mucho ese póster y T. me había dicho que lo había comprado cuando vino a Barcelona a hacer un Erasmus en los años 90.

Una tarde de sábado de enero, mientras deambulaba por el Raval y el Born, pasé por una curiosa librería. Era una librería que estaba dentro de una antigua iglesia, y en cuyos claustros se instalaban las terrazas de una cafetería. A partir de ese día se convirtió en algo habitual pasar los sábados por la tarde viendo los libros de siempre que iban llegando, sin alejarme nunca mucho de la pequeña sección sobre «jardines». No la sección de libros de botánica, o de especies de plantas de uno u otro clima, sino la de libros que hablan de la vida en los jardines.

Barcelona, con sus palmeras y todo tipo de matices de verde en los balcones, sobre fondos ocres, amarillos perezosos y marrones desaturados, me recordó la pasión por este mundo natural con el que convivimos y que a menudo descuidamos en favor del antropocentrismo narcisista.

Se convirtieron en compañeros de cabecera Nagori, de Ryoko Sekiguchi; Un jardín en Venecia, de Frederic Eden; Jardí vora el mar, de Mercé Rodoreda (que nunca llegué a terminar); Una breve historia del jardín, de Gilles Clement, y la adquisición más reciente, Il faut cultiver notre jardin, una recopilación de textos editada por Folio.

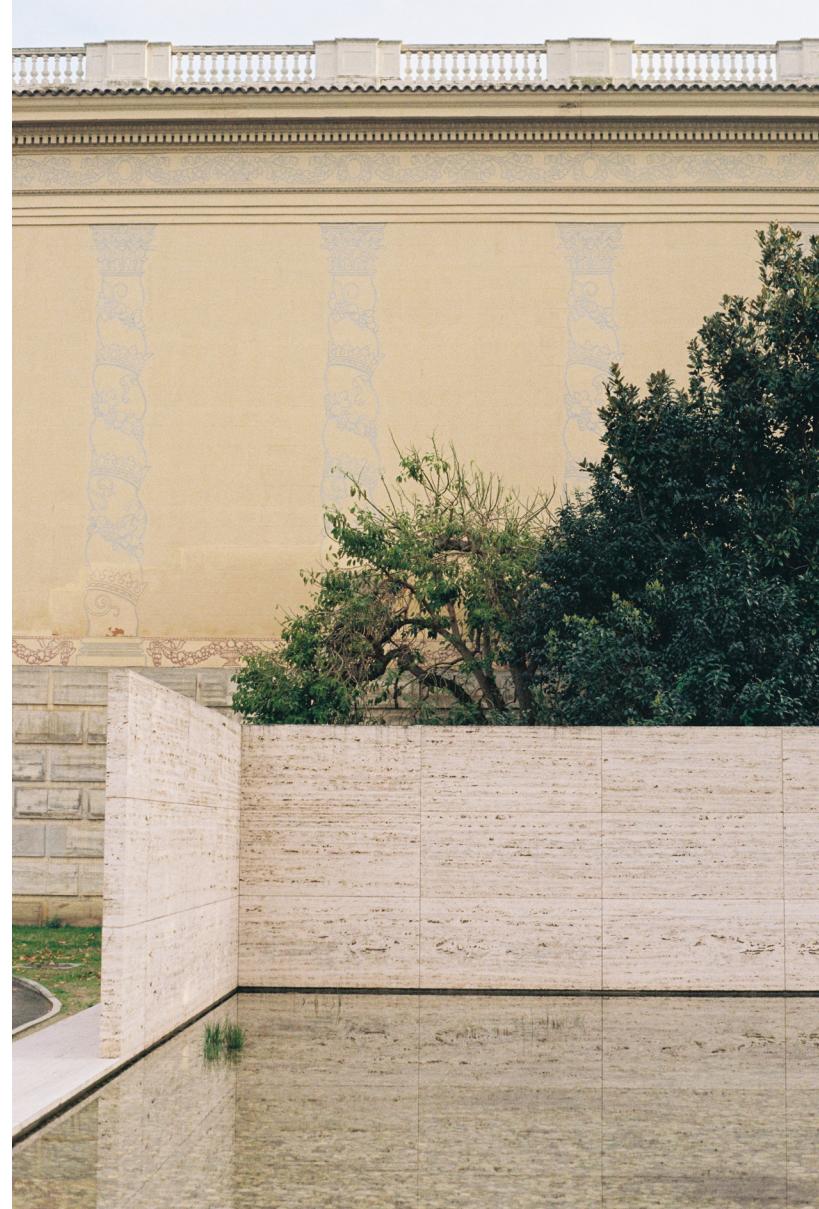
Los sábados, por lo general, empiezan tarde y luego se desarrollan en paseos por la ciudad, por el Raval, por Sant Antoni, por Gràcia, y casi siempre terminan con una

película, un concierto, un espectáculo de danza. Los domingos, en cambio, solían estar marcados por la visita a algún museo y paseos tranquilos por la costa o por Montjuïc. Esto hasta que llegaban los días calurosos, porque entonces los planes cambiaban ligeramente. A partir de mayo, los sábados y domingos se caracterizaban por días de playa lejos de Barcelona. También fue en la playa y en estos pueblos costeros donde descubrí otra forma de estar.

balmes

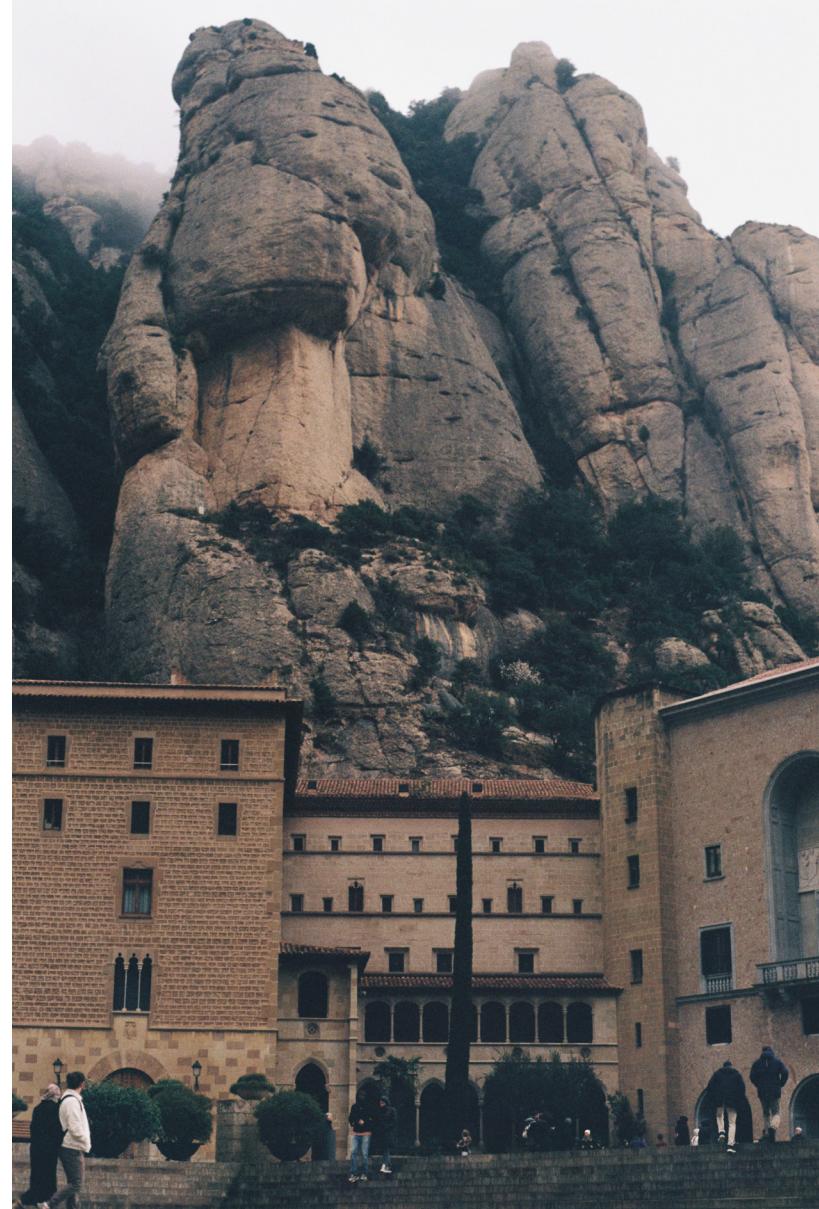
Termino hablando de Balmes, la calle donde se encuentra la oficina y donde he estado colaborando durante estos seis meses. No me extenderé mucho. Les debo mucho a todos, especialmente a N., con quien he aprendido mucho y espero seguir aprendiendo.

¿Y saben qué es lo mejor? Que voy a volver.

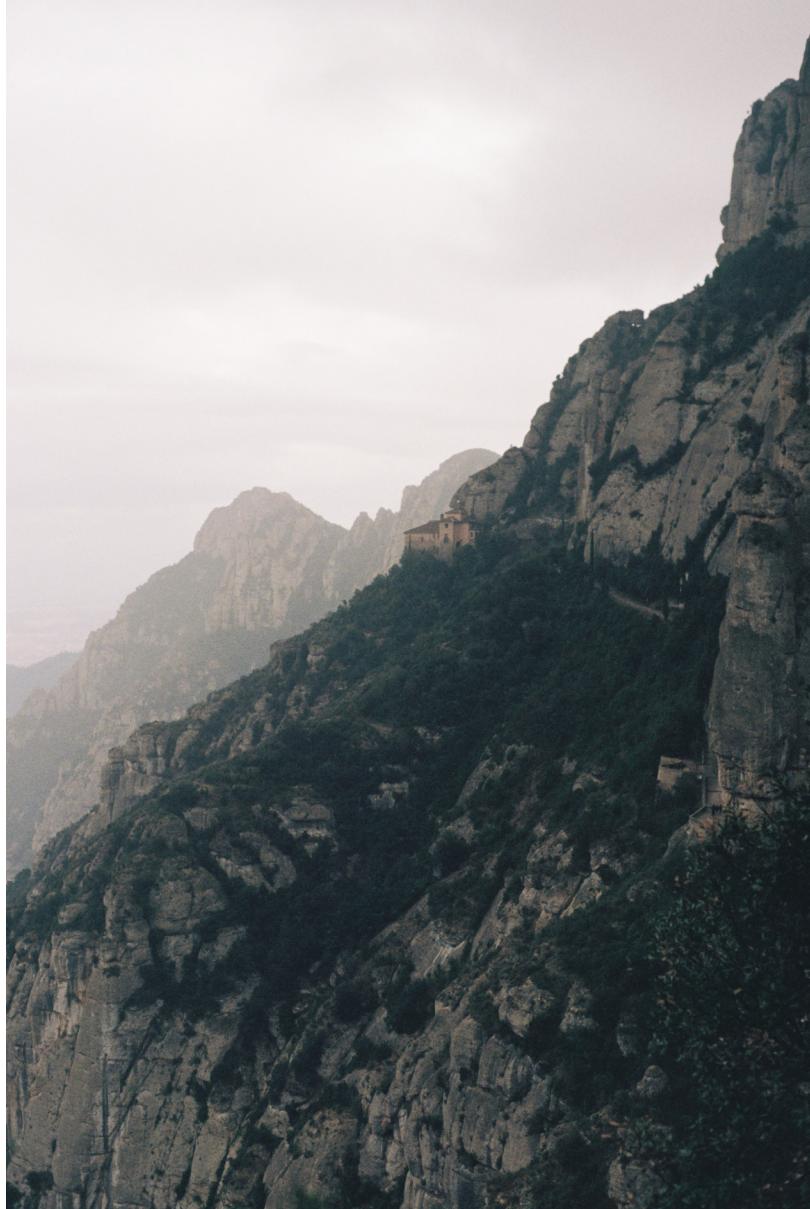








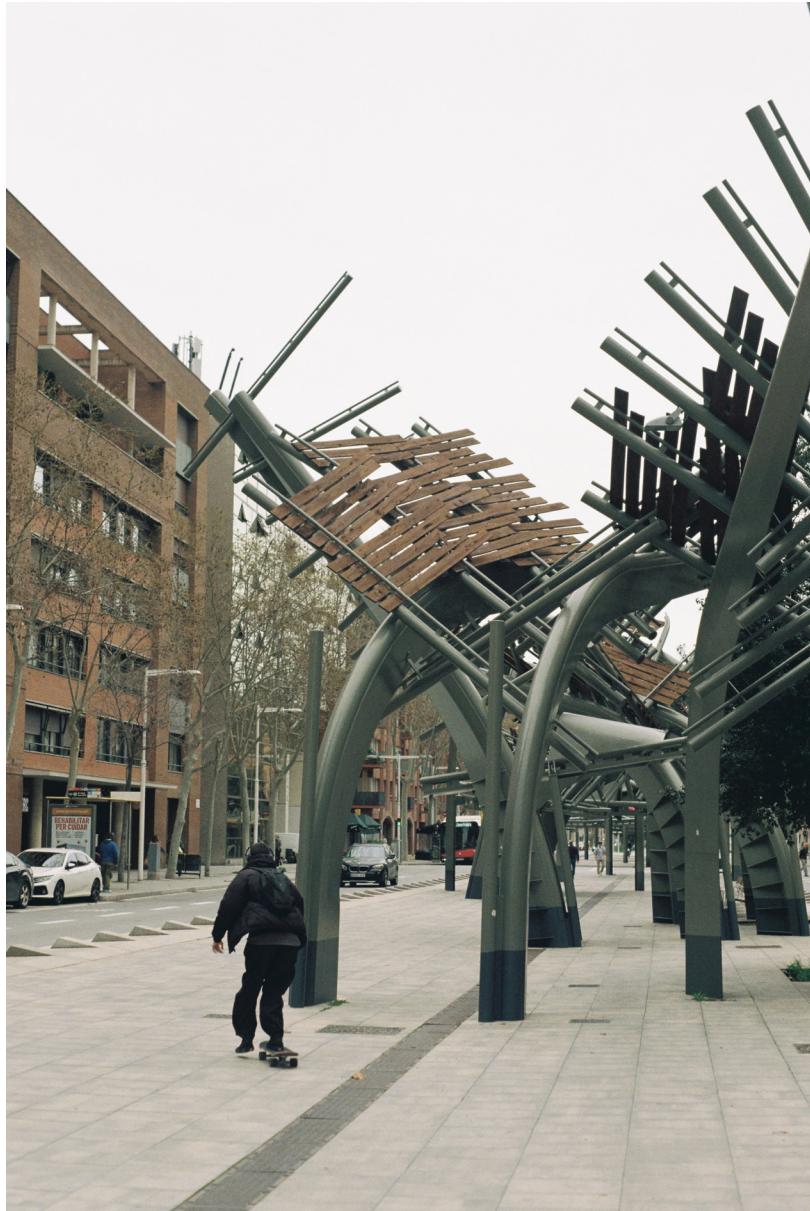










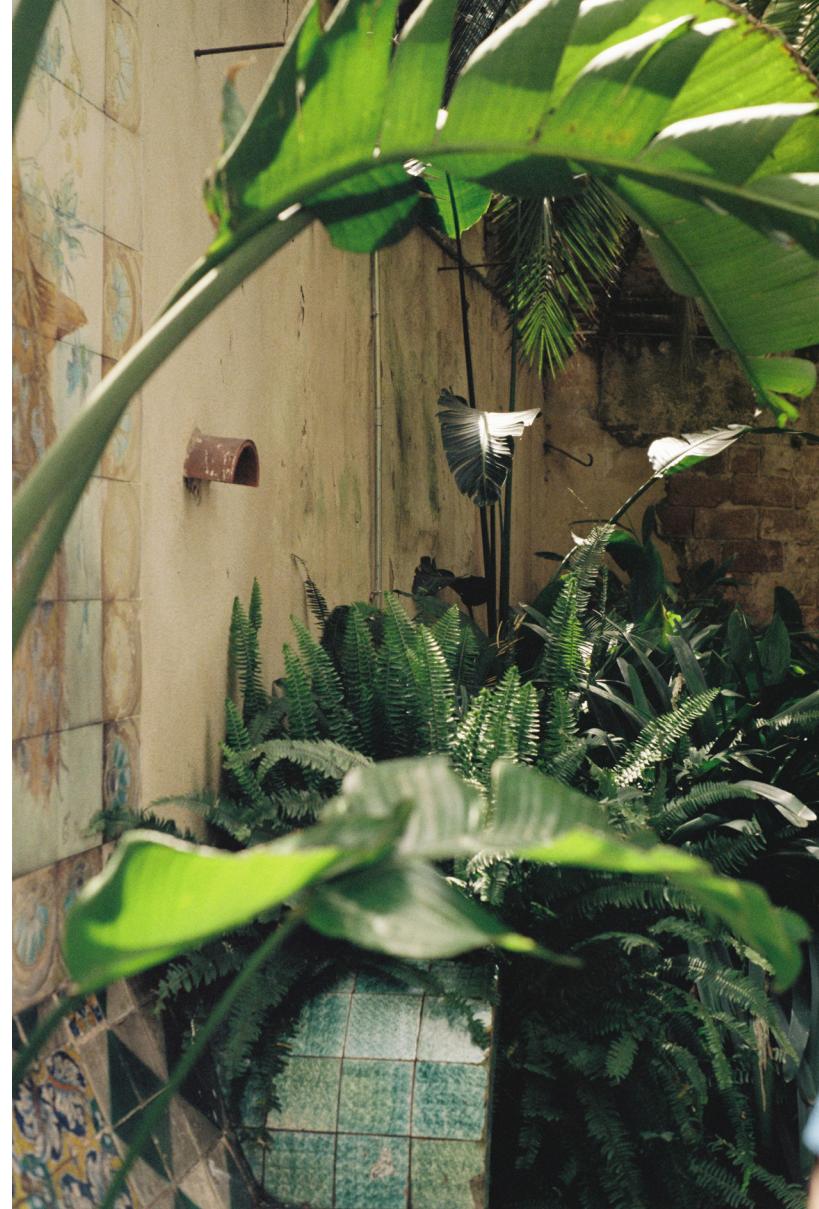




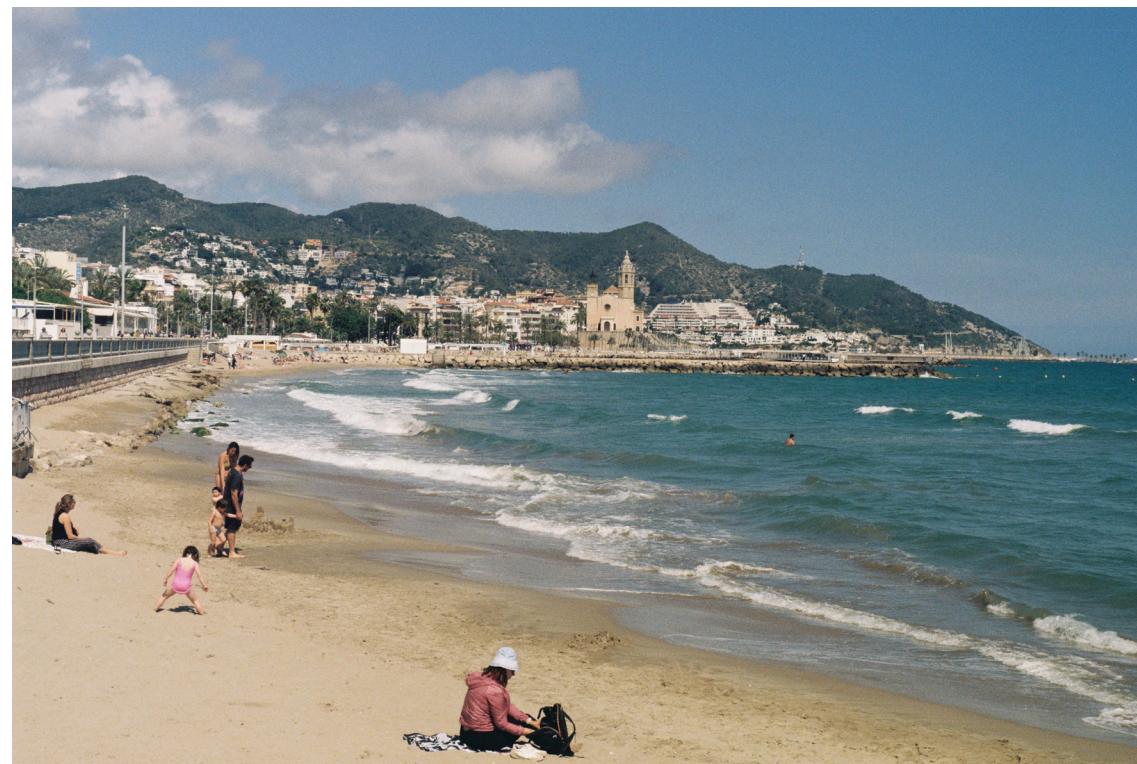






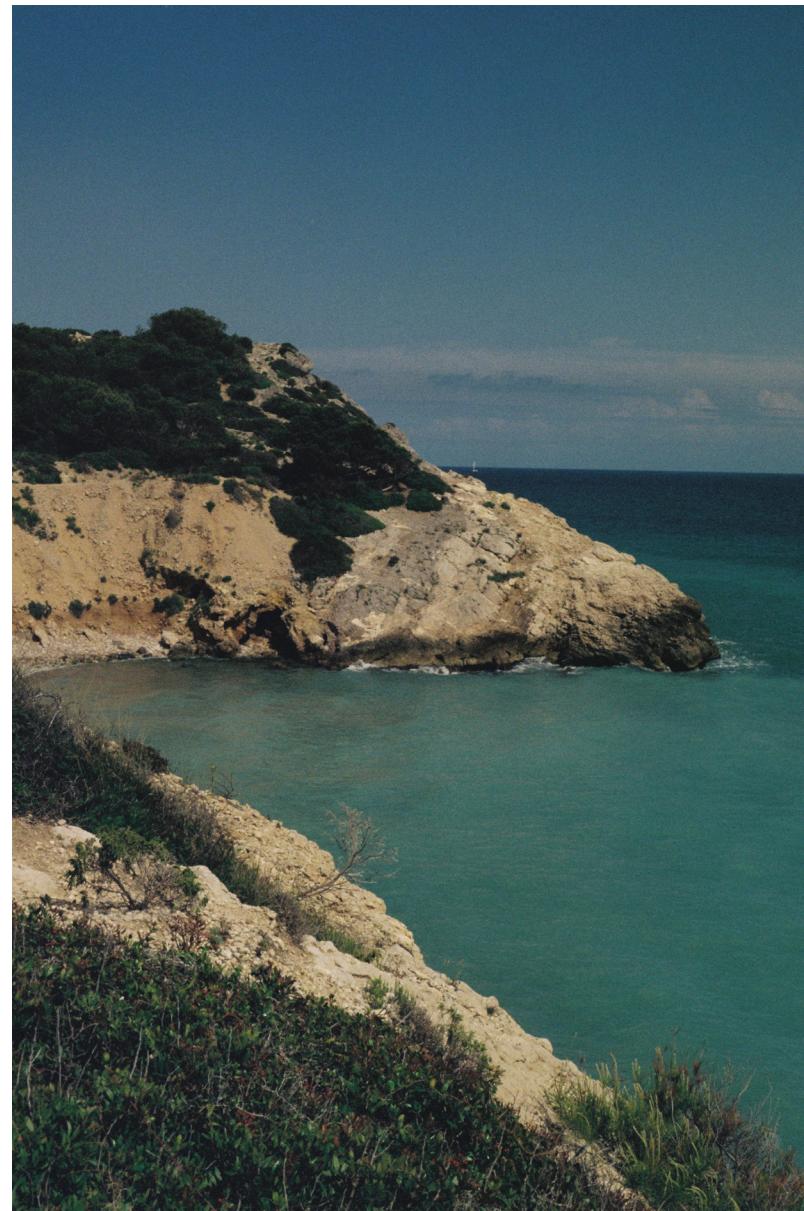




























miguel moreira silva | 14 de julio 2025